

La individuación como macrosociología de la sociedad singularista

*Danilo Martuccelli**

RESUMEN

Este artículo parte por reconocer la creciente importancia del individuo para la comprensión de las sociedades actuales a causa de la expansión de un proceso estructural de singularización, al mismo tiempo que subraya ciertos *impasses* presentes en la sociología a la hora de estudiar la singularidad. En este contexto, y una vez formuladas una serie de críticas a estas vías, el artículo presenta y desarrolla las maneras en que es posible desde la individuación dar cuenta, por un lado, a escala del individuo, de las principales pruebas de un tipo de sociedad, y, por el otro, analizar concretamente las maneras como en este marco los individuos se singularizan.

Palabras clave

Individuo • singularización • individualización • individuación • pruebas

Individuation: a macrosociology for a singularized society

ABSTRACT

This article first focuses on the significant increase of the conception of the Individual in order to understand contemporary societies, because of the structural process of singularization, while emphasizing some *impasses* present in sociology to study the singular. In this context, the article presents and develops the ways in which it is possible to use individuation as a study strategy to give account, on the one hand, of the most relevant trials in a specific society, and on the other hand, to analyze how the individuals constitute themselves as singular subjects.

Keywords

Individual • singularization • individualization • individuation • trials

* Doctor en sociología EHESS-París. Profesor de sociología Universidad París Descartes, Facultad de Ciencias Humanas y Sociales – Sorbonne; investigador en CERLIS-CNRS. E-mail: dmartuccelli@nordnet.fr.

La tesis que sostiene que el individuo es una vía relevante para entender las sociedades contemporáneas, ha adquirido una creciente importancia en las ciencias sociales. Sin embargo, si el individuo debe ser colocado en el vértice del análisis, ello no supone en absoluto una reducción del análisis sociológico al nivel del actor. Por el contrario, esta situación plantea dos grandes interrogantes. Por un lado, es importante comprender por qué es preciso que la sociología contemporánea le otorgue una tal centralidad analítica; y por el otro, es indispensable señalar cuál, de entre las distintas estrategias intelectuales posibles, es la más idónea para responder a este reto histórico.

Desarrollaremos este razonamiento en tres etapas. En un primer momento, presentaremos rápidamente un conjunto plural de procesos estructurales de singularización (en la producción industrial, las instituciones, la sociabilidad...) que generan una nueva sensibilidad social que invita a acordar un interés particular a las experiencias individuales a la hora de analizar los fenómenos colectivos. En un segundo momento, y frente a esta realidad, subrayaremos ciertos límites presentes en los estudios sobre la socialización y la individualización. Por último, en un tercer momento, nos esforzaremos en mostrar cómo desde la individuación es posible desarrollar una perspectiva macrosociológica susceptible de responder a este desafío.

I. El proceso estructural de singularización

Desde hace décadas, las sociedades contemporáneas han sido atravesadas por una tendencia estructural central de *singularización*. Un proceso que alimenta una sensibilidad social específica que desestabiliza muchas de las maneras habituales de practicar la sociología y de comprender los fenómenos sociales. La expansión de la singularidad en el mundo actual es el resultado no intencional, y sin embargo central, de un conjunto dispar de procesos estructurales (Martuccelli 2010). Dentro de los límites de este artículo, presentaremos rápidamente algunos de los principales factores estructurales que la engendran.

1. Singularizaciones

Comencemos por lo que ha sido, en el corazón de la sociedad industrial, uno de los principales factores de oposición a la singularidad: el dominio de la producción. Tras un período de estandarización de productos (¿es necesario recordar la *boutade* de Henry Ford al afirmar, en la década de 1930, que los americanos pueden comprar un automóvil del color que quieran... a condición de que sea negro?), vivimos en sociedades que tienden a desestandarizar e incluso a personalizar los productos de consumo. La transformación es radical. El fordismo fue el reino de la producción de masa estandarizada. El crecimiento de la productividad estuvo asociado a una economía de escala que operó

por homogeneización de los productos, descalificación del trabajo, salarios uniformes y, por supuesto, un consumo masivo de productos estandarizados.

Progresivamente hemos roto con este universo. El movimiento es bien visible, por ejemplo, y para seguir en el ramo de la producción, en la industria automovilística en la que la combinación de piezas o de accesorios –dentro de ciertos límites técnicos– incrementa la diferenciación de los productos –más allá, por supuesto, de la simple expansión de las gamas cromáticas. Pero es sin duda en los servicios donde la economía de las singularidades se desarrolla (Karpic 2007), a través de una fuerte personalización de la actividad económica.

Este cambio a nivel de la producción encuentra por supuesto su corolario a nivel del consumo. La dialéctica de un nuevo cuño se instaure: es necesario que la industria detecte –acompañe y oriente– la volatilidad de los consumidores, lo que implica la producción de pequeñas gamas, en constante renovación, lo que a su vez acentúa la diferenciación entre los consumidores. Para satisfacer –en verdad, para coproducir– esta demanda cada vez más singular, la industria se ha visto obligada a revolucionar sus modos de producción, aumentando sus capacidades de reactividad frente a la fluctuación de la demanda (Coriat 1991). Este proceso conduce a su vez a una serie de cambios con el fin de aumentar la oferta a la que cada cliente tiene acceso, algo que el e-comercio, las compras por catálogo y sobre todo en la net, han incrementado considerablemente. La diversificación de la producción de masa se articula con prácticas de consumo más singulares.

Sin embargo, no es suficiente producir pequeñas series, sin *stocks* excesivos o productos diferenciados adaptados a los gustos variables de los consumidores. También es preciso actuar en los dos extremos de la demanda. Por un lado, se trata de prolongar el lazo con el cliente tras la ‘venta’, o sea, una vez que la compra ha sido efectuada hay que ‘fidelizarlo’, aprender a conocerlo mejor con el fin de garantizar una personalización del servicio. Por otro lado, en el origen de la demanda, también es preciso escrutar la ‘personalidad’ del consumidor, con el fin de dirigirle una publicidad personalizada, lo que estimula la generalización de nuevas técnicas de estudio –como por ejemplo el estudio minucioso de las prácticas de consumo de los clientes a partir de los *tickets* de caja de un supermercado, y todo lo que estos revelan de cada uno de nosotros (solteros o viviendo en familia, enfermedades, nivel de ingreso, dietas, prácticas religiosas...). La singularización trabaja en concierto con la masificación.

Se trata de una nueva revolución industrial en el corazón del capitalismo contemporáneo (Womack et al. 1992, Veltz 2000), insuficientemente reconocida por una crítica que se centra exclusivamente en las derivas financieras. Ayer, la producción industrial fue un poderoso factor de homogeneidad y masificación; hoy, ella es una de las fuentes estructurales de expansión de la singularidad. La dificultad en comprender esta transformación proviene de la asociación exclusiva que tiende a establecerse entre la singularidad y una etapa particular de la producción –el artesanado–, lo que impide ver hasta qué

punto nuestra época asiste, luego de una primera y larga fase de industrialización de masa, a un nuevo avatar en la producción industrial de la singularidad.

Lo que es constatable a nivel de la producción industrial también lo es a nivel de las instituciones. Muchas de entre ellas prescriben cada vez más a los individuos ‘reapropiarse’ de su pasado (bajo la forma de balances de competencias o entrevistas biográficas), con el fin de responsabilizar a los actores de sus dificultades o fracasos así como a administrarles ayudas personalizadas. Estas prácticas son particularmente activas en los servicios sociales, en donde se asiste desde hace varias décadas a una fuerte personalización de las intervenciones, ya sea a través de los protocolos individualizados de acompañamiento de los enfermos o en tanto que ideal pedagógico (la pedagogía diferenciada).

Esta transformación trae consecuencias importantes en lo que concierne a nuestra relación con las organizaciones. Ahí donde tradicionalmente se trataba de asegurar la transferencia de competencias personales hacia la organización, muchos actores viven hoy en día en organizaciones que funcionan ‘al revés’. Durante siglos, recordémoslo, la principal preocupación del pensamiento político fue orientar el funcionamiento de la vida social desde los actores hacia las instituciones. Lo importante no era la existencia de individuos virtuosos sino la construcción de instituciones justas. La vida social debía apoyarse sobre organizaciones racionalizadas y eficaces. El proceso de singularización al cual asistimos impone progresivamente un principio diferente: se trata de buscar *también* las maneras de asegurar la continuidad organizacional sobre las singularidades individuales. La importancia de las nociones de proyecto, implicación, excelencia, *performance*, más allá de sus aspectos ideológicos, testimonian esta inversión managerial –las organizaciones deber ser ‘sostenidas’ desde los esfuerzos individuales. Muchas organizaciones se convierten, así, en sus componentes administrativos (equipos, programas...), en realidades biodegradables puesto que dependen de las temporalidades de implicación de los actores individuales.

Bajo la impronta de la expansión de la singularidad, progresivamente todas las relaciones sociales son percibidas –y reducidas– a relaciones humanas, esto es, entendidas únicamente como relaciones entre individuos (un aspecto particularmente bien abordado en la novela francesa contemporánea, cfr. Barrère y Martuccelli 2009). La percepción de la vida social no cesa de personalizarse: los conflictos de interés se convierten en problemas entre personas. Esta tendencia no es solamente visible en el mundo del trabajo; lo es también a nivel político, en donde progresivamente la representación por identificación ‘subjética’ con la persona de un líder (y por extensión con un grupo particular, como es el caso con las políticas de *affirmative action*) se convierte en algo tanto o más importante que la representación de los intereses ‘objetivos’. O, dicho de otra manera: los segundos serían garantizados por la primera.

La expansión de la singularidad también se manifiesta a nivel de nuestras exigencias de justicia. Lo que ayer simbolizó lo propio de la justicia –el hecho de que esta debía

ejercerse con los ojos vendados— se convierte en uno de los criterios posibles de la injusticia: cada vez que las sentencias no toman suficientemente en cuenta las variantes interpersonales y contextuales. Para muchos de nuestros conciudadanos, puesto que los individuos son diferentes es preciso practicar tratamientos diferenciados de unos y otros, con el fin justamente de lograr la equidad. Lo importante no es entonces (y a veces no lo es en absoluto) subsumir lo particular en lo general, pero, casi al contrario, lograr acuerdos justos que se adecúen perfectamente a una situación singular (Rosanvallón 2008). Esta actitud, profundamente ambivalente, es bien visible entre los adolescentes que si, por un lado, no cesan de denunciar la arbitrariedad de una decisión que no trata de la misma manera a todo el mundo, por el otro reclaman —y al mismo tiempo— por una modulación de las sanciones en función de la personalidad de unos y otros... Todo cuestionamiento de la igualdad es juzgado como insoportable y, asimismo, la aplicación institucional de criterios homogéneos aparece como profundamente insuficiente, e incluso abusiva (Dubet y Martuccelli 2000).

Evoquemos, para terminar, en una lista no exhaustiva, la expansión de la singularización a nivel de nuestra sociabilidad. Pensemos, por ejemplo, en lo que se observa a nivel de los intercambios entre generaciones (entre nietos y abuelos que, gracias a los TIC, autonomizan sus relaciones de la generación intermedia de los padres), en los cuales es visible la afirmación de lógicas afinitarias en detrimento de lógicas estatutarias. Incluso en el seno de una misma familia, las relaciones interpersonales priman sobre las estrictas obligaciones de parentesco, personalizándose las relaciones. Los expertos ¿no han por lo demás rebautizado a la ‘buena madre’ como aquella que pasa momentos singulares de calidad con sus hijos en detrimento de una concepción normativa que valorizaba en el pasado la cantidad de tiempo dedicado a los hijos? Y si la idea de relaciones de parentesco electivas es sin duda excesiva, lo que se afirma claramente es la tendencia a poder elegir por doquier nuestras relaciones sociales (Singly 2003).

2. *Un nuevo horizonte analítico*

Por supuesto, estas tendencias societales son contrabalanceadas por contratendencias hacia la estandarización. Pero, enunciada de esta manera, uno pierde de vista la novedad de la tensión actual. Georg Simmel (1986) hizo de una oposición de este tipo uno de los principales rasgos de la modernidad, al subrayar la importancia creciente y simultánea de factores cuantitativos y cualitativos en la vida social. Sin embargo, en vista de las transformaciones actuales, esta formulación es insuficiente. La dinámica entre los dos términos ha evolucionado. Por un lado, la franca oposición de ayer cede el paso a toda una serie de situaciones en las cuales complejas articulaciones son posibles entre ellas, situaciones en las que la estandarización puede convertirse, paradójicamente, en una fuente de la singularidad, y en donde, por el contrario, la inquietud de la singularidad puede dar paso, al radicalizarse, a formas estereotipadas como ello es bien visible en el

consumo (Bauman 2005). Por el otro lado, y desde un punto de vista axiológico, hemos entrado en un período en el que, progresivamente, la significación de la estandarización no es por lo general percibida más que en términos críticos. La estandarización nunca fue plenamente un valor –a tal punto que siempre estuvo envuelta en sentimientos ambivalentes. Pero la ambivalencia que le iba asociada no por ello dejó de entretener en ella la consecuencia necesaria de un modo de industrialización que transmitía beneficios evidentes al asegurar una cierta expansión de la igualdad. Hoy, la ambivalencia de antaño cede el paso a juicios más unívocos y críticos. La estandarización es percibida, antes que nada, como un obstáculo a la realización de la singularidad.

Conclusión: en contra de lo que denuncian tantas perspectivas a propósito de la uniformización del mundo, es preciso, por el contrario, interrogarse por los nuevos desafíos que el proceso de singularización plantea para el análisis sociológico.¹ Una disciplina que, a lo largo de su historia, no ha cesado de hacer gala de grandes dificultades a la hora de analizar la singularidad.

Es pues una nueva composición social y política que invita a desplazar el centro de gravedad del análisis sociológico de la idea de sociedad hacia el proceso de individuación, y sobre todo, a desarrollar una sociología que sea capaz de proponer una inteligibilidad de los fenómenos sociales a escala de los individuos (Martuccelli 2006, 2010). Es en este sentido que el individuo se convierte en el horizonte liminar de los fenómenos sociales en la sociedad. El interés de la sociología por el individuo procede, pues, del reconocimiento de que las sociedades contemporáneas están atravesadas por un movimiento estructural mayor de singularización que produce una profunda transformación de nuestras sensibilidades sociales.

Ahora bien, si la dinámica histórica central es la expansión de la singularidad, ¿por qué otorgarle un rol decisivo a los individuos? Porque la singularización, a diferencia de otras grandes tendencias societales (la racionalización, la diferenciación, la movilización...) sólo obtiene su plena significación a escala de los individuos. La singularización, a causa de su indisociable dimensión cualitativa, exige acordar una atención particular a las experiencias individuales. Por supuesto, como venimos de indicarlo, el proceso de singularización en su producción estructural excede a los meros individuos. Pero si los individuos no son en absoluto la razón primera de esta expansión, la singularidad sólo logra comprenderse, con todas las complejidades y matices, a escala de estos. El estudio

¹ Realidad mayor del mundo actual, incluso la teoría de los sistemas sociales, en apariencia bien alejada de una preocupación de este tipo, se ve obligada a reconocer la importancia de la categoría de individuo en las sociedades contemporáneas a medida que los distintos sistemas sociales, al diferenciarse entre sí, individualizan sus comunicaciones dirigiéndose sucesivamente a ciudadanos, consumidores, trabajadores, estudiantes, etc. (Luhmann 1995, 2007; Nassehi 2002). Sin embargo, este nivel –el de los individuos– queda por definición excluido de esta perspectiva, puesto que los individuos pasan a ser considerados como el entorno de los sistemas sociales, lo cual no sólo mutila la comprensión analítica sino que, sobre todo, no responde a uno de los grandes desafíos políticos que se plantean hoy al análisis sociológico.

de la expansión estructural de la singularidad articula pues, a la vez, un análisis histórico societal y un modo de percepción de la realidad social. El objetivo es lograr una comprensión unitaria de los fenómenos sociales a la escala en la cual obtienen hoy su plena significación.

II. El desafío de la singularidad: límites analíticos

El desafío de la singularización, al otorgar una centralidad analítica inédita al individuo, desestabiliza muchas estrategias sociológicas tradicionales.² Pero el desafío es tal que también desestabiliza perspectivas que, en un primer momento, aparecen como respuestas pertinentes a este desafío. Es sobre todo el caso de ciertos estudios sobre la socialización y la individualización.

1. *Singularidades y socialización*

Uno de los grandes méritos de la matriz de la socialización fue su capacidad de interpretar un número importante de situaciones y conductas sociales, desiguales y diversas, con la ayuda de un modelo casi único de relaciones sociales. Ningún otro modelo resumió mejor este proyecto que la noción de personaje social (Martuccelli 2007). El personaje social no designó solamente la puesta en situación social de un individuo, sino que apuntó a hacer inteligibles las acciones y las experiencias en función de la posición social, a veces bajo la forma de correlaciones estadísticas, otras veces por medio de una descripción etnográfica de los contextos de vida.

Cada individuo ocupa una posición, y su posición hace de cada uno de ellos un ejemplar a la vez único y típico de las diferentes capas sociales. El individuo se encuentra inmerso en espacios sociales que ‘generan’, a través de un conjunto de ‘fuerzas’ sociales, conductas y vivencias (y poco importa la noción empleada para dar cuenta de este proceso –sistema, campo o configuración) (Parsons 1951, 1964; Bourdieu 1979; Elias 1991). En breve, la más venerable vocación de la sociología reside en el esfuerzo inagotable por hacer de la posición ocupada por un actor, el principal factor explicativo de sus conductas.

Esta articulación entre una posición social y un tipo de actor, gracias a la teoría de la socialización, fue tanto más exitosa en cuanto se apoyó, durante décadas, en torno a una idea de la sociedad concebida como la articulación entre diferentes niveles de la realidad

² Sobre todo esta dinámica histórica desestabiliza definitivamente la manera como la sociología, a través de la idea de sociedad, intentó dar cuenta en el pasado de la articulación entre los sistemas y los actores. Para diferentes argumentaciones acerca de la crisis analítica de la idea de sociedad, ver: Touraine 1981 y 2005; Urry 2000; Bauman 2002; Martuccelli 2005; Outhwaite 2006; Dubet 2009.

social. Entre el actor y el sistema la fusión fue incluso, *en apariencia*, de rigor; a tal punto uno y otro parecían ser como las dos caras de una misma moneda (Dubet 1994). El triunfo de la idea de sociedad, ya sea por sus articulaciones funcionales entre sistemas o campos (o por la determinación en última instancia de la cultura por la infraestructura), y la noción adjunta de personaje social, no significó pues la liquidación del individuo, sino la imposición hegemónica de un tipo de lectura del individuo. Fue alrededor de esta pareja como se forjó el auténtico corazón analítico de la sociología.

Es este proyecto intelectual el que ha entrado progresivamente en crisis desde hace décadas. El modelo aparece cada vez menos pertinente a medida que la noción de una sociedad integrada se deshace y que se impone (por lo general sin gran rigor) la representación de una sociedad contemporánea (bajo múltiples nombres –postindustrial, modernidad radical, segunda modernidad, posmodernidad, hipermodernidad...) marcada por la incertidumbre y la contingencia.

Es en este contexto que debe comprenderse la crisis de la idea del personaje social en el sentido preciso del término –la homología más o menos estrecha entre un conjunto de procesos estructurales, una trayectoria colectiva (clasista, genérica o generacional) y una experiencia personal. Si muchos sociólogos continúan aún trabajando, incluso implícitamente en el marco de este modelo, progresivamente, empero, esta elegante taxinomia de personajes revela un número creciente de anomalías y de lagunas. Los individuos no cesan de singularizarse y este movimiento de fondo se independiza de las posiciones sociales, las corta transversalmente, produce el resultado imprevisto de actores que se conciben y actúan como siendo ‘más’ y ‘otra cosa’ que aquello que se supone les dicta su posición social. Los individuos, ante la sorpresa de muchos analistas, se rebelan contra los casilleros sociológicos (Bourdieu 1993, 1997).

Por supuesto, la corrupción de la taxonomía general es un asunto de grados y jamás un asunto de todo o nada. Sin embargo, la inflexión es lo suficientemente fuerte como para invitar a que se cuestione la voluntad de entender, si no exclusivamente, por lo menos mayoritariamente, a los individuos desde una estrategia que otorga un papel interpretativo dominante a las posiciones sociales (en verdad, a *un* sistema de relaciones sociales), en el seno de *una* concepción particular del orden social y de la idea de sociedad.

La perspectiva de la socialización no sale indemne de este proceso. Si los individuos siguen siendo socializados a través de factores culturales, la socialización opera en un contexto social en el cual la cultura posee cada vez más un rol ambivalente. Ella ya no es más solamente la garante del acuerdo durable entre el actor y la sociedad (como lo fue en mucho en las sociedades culturalmente cerradas o en la tesis del personaje social), sino que aparece como un agente permanente de diferenciación.

Nada atesta mejor esta inflexión que el cambio de rol analítico que se le otorga progresivamente –y a veces subrepticamente– a la socialización. A través de etapas analíticas diversas, tiende a reconocerse no solamente la idea de la existencia de una pluralidad de

culturas en el seno de una misma sociedad, sino también que esta disimilitud de orientaciones culturales no pueden más que hacer de la socialización el pivote de la integración de la sociedad. En función de sus grupos de pertenencia, subculturas, generaciones, sexo y trayectorias personales, los individuos son fabricados de manera muy disímil por la socialización. Destaquémoslo: es la toma en cuenta de las facetas diacrónicas de la socialización en el marco de sociedades altamente diferenciadas (Berger y Luckmann 1968), lo que está en la raíz de las concepciones más abiertamente conflictuales de la socialización, en los estudios sobre la neurosis de clase (Gaulejac 1987) o las inflexiones recientes que conoce en Francia el disposicionalismo, en especial bajo la forma de un conjunto heterogéneo de hábitos sociales con fuerte variación interindividual (Kaufmann 2001, Lahire 1998).

Esquematisando en exceso, es posible afirmar que a diferencia de la versión canónica del personaje social, estas miradas sociológicas, sobre todo cuando se centran a nivel del individuo, no pueden sino constatar un sinnúmero de ‘anomalías’ o de ‘disonancias’. La diversidad prima sobre la homogeneidad. El estudio de la socialización conoce un cambio analítico sustancial y tal vez definitivo. Ayer la socialización fue concebida como uno de los principales mecanismos de la integración de la sociedad (era gracias a ella que se producía la adecuación entre el actor y una posición social); hoy, la socialización aparece como un formidable mecanismo de fragmentación –cada individuo es el fruto de una serie cada vez más contingente de diferentes experiencias de socialización. La singularidad se impone como una evidencia.

Sin embargo, frente al proceso de singularización, la socialización aparece, rápidamente, como una vía sin salida. Y en el fondo terriblemente tautológica. ¿Qué hay de nuevo en afirmar que en una sociedad altamente diferenciada los individuos son plurales? Pero, sobre todo, ¿qué es lo que una estrategia de estudio en ‘profundidad’ de los individuos de este tipo es capaz de enseñarnos acerca de la sociedad? Si esta perspectiva, en sus versiones más radicales, abre a un conjunto de interesantes discusiones con la psicología, e incluso al estudio exhaustivo de retratos altamente personalizados, todo ello se hace en detrimento de una mirada macrosociológica. Aquí, cómo no advertirlo, el riesgo es bien real de que la sociología termine reduciéndose al solo nivel de los individuos. En verdad, a los procesos de incorporación y transmisión cultural.

2. Singularidades e individualización

Curiosamente, y a pesar de lo que la denominación parece indicar, también es posible observar serias dificultades analíticas cuando se trata de dar cuenta de la singularización estructural en curso desde el modelo de la individualización.

La noción de individualización tiene dos acepciones. La primera, de uso corriente, y sin duda la más frecuente, designa el proceso de diferenciación creciente de las trayectorias personales, esto es, la noción es descriptiva y observable por ende en un

plano empírico. Se habría pasado de trayectorias altamente estandarizadas (la tríada: formación, trabajo, jubilación) a trayectorias cada vez más diferenciadas entre sí. La segunda acepción, de consonancia más analítica, asocia el proceso de individualización con el advenimiento de la modernidad y se interesa dentro de esta visión general por la aparición desde hace décadas de un nuevo modelo de producción institucional. Es esta segunda acepción del término la que debe, por supuesto, retener nuestra atención.

Por la noción de individualización, especialmente en Alemania e Inglaterra, y de una manera un poco diferente y menos consensual en Francia, se enuncia la idea de que en la medida en que la sociedad (en verdad las instituciones) no pueden ya transmitir de manera armoniosa normas de acción, le corresponde a los individuos darle un sentido a sus trayectorias sociales, por medio de la reflexividad (Beck 1998; Giddens 1991; Beck y Beck-Gernsheim 2001; Bauman 2001). Para Ulrich Beck, la individualización está ligada a la segunda modernidad y a la emergencia de lo que, retomando la expresión de Talcott Parsons, denomina un nuevo individualismo institucional. Las principales instituciones de la sociedad (el trabajo, el empleo, la escuela, la familia...) estarían cada vez más orientadas hacia el individuo, obligando a cada persona a desarrollar y asumir su propia trayectoria biográfica. Al calor de este nuevo individualismo institucional y de las prescripciones a las que se ve sometido, el individuo debe constituirse como individuo, dando forma a una sociedad de individuos. La sociedad industrial de la primera modernidad produjo estatus sociales asignados como la clase, el sexo, la nación. Con el tránsito a la segunda modernidad, estos intermediarios perdieron consistencia. Esto no implica que los individuos sean más libres en sí mismos, sino que están sometidos a un nuevo proceso histórico de socialización que los fabrica a partir de nuevos factores –sobre todo desde otras prescripciones institucionalizadas. Lo que permanece en el corazón de este análisis es el hecho de que el individuo es solicitado –y producido– de manera particular por un conjunto de instituciones sociales que lo obligan a desarrollar una biografía personal bajo la impronta de prescripciones institucionales. Como lo resume Beck, los individuos deben dar soluciones biográficas a contradicciones sistémicas, que en mucho son el resultado imprevisto de la primera modernización (como lo testimonian, por ejemplo, los retos ecológicos inducidos por la industrialización específica a la primera modernidad, cfr. Beck et al. 1994). Pero esta perspectiva, ¿logra dar cuenta de los procesos de singularización en curso?

En primer lugar, es difícil no expresar una sorpresa. Una de las principales consecuencias del proceso descrito por Beck es que los cambios sociales son más visibles desde las biografías personales que desde las 'sociografías' de grupos o las clases sociales (a causa, entre otras cosas, de la individualización empírica de las trayectorias). Beck enunció este punto explícitamente. Sin embargo, jamás puso realmente en práctica esta perspectiva. No se trata solamente (lo que también es...) de un mero asunto de metodología –los principales autores de la teoría de la individualización, tanto en Alemania como en Inglaterra, producen sus análisis más bajo la forma de ensayos que desde verdaderos trabajos de

campo. Sin embargo, esta actitud no impide, en principio, producir análisis que bajo la forma, por ejemplo, de retratos singulares describan las consecuencias personalizadas del proceso de individualización. Sin embargo, no lo han hecho. Y no lo han hecho porque simplemente su proyecto intelectual carece, a pesar de lo que en apariencia deja entrever la noción de ‘individualización’, de alguna sensibilidad hacia la singularidad. Al contrario, bien vistas las cosas, la tesis de la individualización propone un estudio homogéneo de los procesos contemporáneos.

La descripción efectuada remite a una sola gran realidad –la transformación institucional– y el proceso de producción de los individuos se efectúa así en el fondo bajo las coordenadas tradicionales del proceso de socialización. Por un lado, en efecto, la dependencia es tal con respecto al modelo clásico que es incluso legítimo preguntarse si estamos en presencia de una mera innovación terminológica o delante de una verdadera novedad conceptual. A lo más habría un cambio de grado, pero no de naturaleza: es el advenimiento de la modernidad lo que implica el tránsito de la *adscriptio* al *achievement*. La segunda modernidad sería un avatar dentro de este proceso.

Por otro lado, y a consecuencia del privilegio exclusivo acordado a las dimensiones institucionales, la tesis tiene dificultades para dar cuenta de muchos otros fenómenos estructurales que, como lo hemos visto, participan activamente en el proceso de singularización. Por supuesto, las instituciones, como lo hemos evocado, *también* participan en este proceso, pero lo hacen al lado de otros factores sin duda más amplios, plurales y contradictorios. Procesos que no pueden estudiarse desde la sola óptica de la socialización (que subyace en el modelo del individualismo institucional) puesto que se trata de procesos que no son necesariamente internalizados por los actores y que, al ser descuidados, terminan haciendo del primado del individuo una manifestación ideológica que ‘oculta’ otros fenómenos –como el rol específico del capital en su advenimiento (Zizek 2001).

Aún más, la afirmación de una modalidad de prescripción individualizadora en la segunda modernidad, en tanto que rasgo central de muchas instituciones actuales, termina por imponer una representación asombrosamente homogénea de la sociedad –descuidándose las variantes que esta prescripción individualizadora toma en distintos ámbitos sociales. En los trabajos sobre la individualización todos los gatos son pardos: curiosamente, la prescripción a la individualidad termina siendo la misma en la escuela o la familia, el trabajo o la religión. Incluso la heterogeneidad institucional es negada por esta perspectiva. La razón aquí también es evidente. El objetivo central de esta perspectiva no es lograr una descripción singular de los fenómenos sociales, sino mostrar cómo las instituciones producen, sobre nuevas bases, la homogeneidad social. Ello, al punto de que a veces no sólo la singularidad sino incluso la diversidad escapan a esta perspectiva.

Para describir el proceso estructural de singularización en curso, es preciso pasar por una doble distancia crítica. Por un lado, reconocer los *impasses* de un proyecto que intenta describir la singularidad en curso a través de una galería interminable de socializaciones plurales. Por el otro, reconocer los límites de una perspectiva que, partiendo de una

prescripción central de individualización institucional, se revela incapaz de dar cuenta de las diferencias observables en la vida social. Lo que una y otra perspectiva no logran asir es la profundidad estructural del desafío producido por la expansión de la singularidad. La primera perspectiva, altamente sensible a la singularidad, en la medida en que sólo la estudia *en* los individuos, es incapaz de dar cuenta, desde una mirada histórica, de las verdaderas razones de la singularización en curso. La segunda, que tiene el indudable mérito de proponer un diagnóstico histórico, se revela empero curiosamente incapaz de dar cuenta de la individualización efectiva de las experiencias, o sea, de la producción estructural de la singularidad.

III. Hacia el primado de la individuación

Tres grandes indicaciones se desprenden de estas rápidas evocaciones críticas. Uno: es preciso conservar un vínculo entre el individuo y las dimensiones estructurales de la sociedad —so pena de reducir la sociología a una galería ilimitada de retratos individuales. Dos: es indispensable que en el estudio de la singularidad se subraye el carácter socio-históricamente situado y encarnado de todo individuo. Tres: es importante dar cuenta, desde una concepción renovada de la agencia, del trabajo que en este contexto efectúan sobre sí mismos los individuos.

Este conjunto de puntos invita a colocar la estrategia de la individuación en el centro del estudio del proceso de fabricación de los individuos, y a hacer incluso de esta el eje de la macrosociología. Esto supone autonomizar radicalmente esta perspectiva de los trabajos sobre la socialización. En el pasado, la mayor parte de los autores que tomaron la vía de la individuación lo hicieron en el fondo a través de una actitud bicéfala. Por un lado, afirmaban que el individuo es indisociable de un conjunto de procesos estructurales que explican justamente sus diferentes perfiles históricos (urbanización, monetarización...). Por el otro, cada vez que abandonaban el nivel macrosociológico para interesarse en los mecanismos efectivos y más singularizantes a través de los cuales se fabricaban individualmente los actores, lo hacían movilizándolo inevitablemente las teorías de la socialización. Desde Simmel hasta Giddens, este ha sido el verdadero límite de las teorías de la individuación (Martuccelli 1999). ¿Cómo autonomizar analíticamente la perspectiva de la individuación de la socialización?

1. La individuación por las pruebas

La individuación es una perspectiva particular de estudio que se interroga por el tipo de individuo que es estructuralmente fabricado por una sociedad en un período histórico. De acuerdo a la caracterización de Charles Wright Mills, se trata de “comprender el teatro ampliado de la historia en función de las significaciones que ella reviste para la

vida interior y la carrera de los individuos” (1997:7), una ecuación que exige la puesta en relación entre los fenómenos de la estructura social y las experiencias de los individuos.

En la sociología clásica, y bajo la impronta de la idea de sociedad, pocos procesos sociales han sido movilizados con tanto ahínco para dar cuenta de la emergencia del individuo como el grado de diferenciación social alcanzado por una colectividad. El razonamiento ha pasado a ser canónico: a una sociedad homogénea, poco diferenciada, con escasos círculos sociales, corresponde un individuo débilmente singularizado (y sometido a la ‘tradicón’), en tanto que una sociedad compleja, altamente diferenciada, produce individuos fuertemente singularizados (el actor de la ‘modernidad’). El individuo aparece así como la consecuencia de una sociedad profundamente diferenciada; el actor, cada actor, pertenece a una pluralidad de círculos sociales e intercambia con un número cada vez más elevado de personas desconocidas (Simmel 1986). Dicho de otro modo, en este primer momento, el análisis está más centrado sobre los factores de individuación (como los llamaba Durkheim) que sobre la significación de estos cambios a nivel de las experiencias individuales.

El actual proceso de singularización exige, sin perder de vista la relación entre la historia de la sociedad y la biografía del actor, que la sociología singularice sus análisis. Para ello, creemos, es preciso dar cuenta del proceso de individuación desde un conjunto de *pruebas* estructurales comunes a todos los miembros de un colectivo, pero desde posiciones diversas y a través de experiencias disímiles. Las pruebas son desafíos históricos, socialmente producidos, culturalmente representados, desigualmente distribuidos, que los individuos están obligados a enfrentar en el seno de un proceso estructural de individuación (Martuccelli 2006, 2010).

La noción de prueba propone, pues, una articulación entre los procesos societales y las experiencias personales, pero ahí donde la teoría de la socialización busca establecer vínculos necesarios (y a veces incluso inferir conclusiones microsociológicas desde consideraciones macrosociológicas), el estudio de la individuación por las pruebas deja siempre abierta, y por ende problemática, esta relación. Un proceso que, como lo veremos, tiene repercusiones decisivas a la hora de describir el trabajo singular que cada individuo efectúa para fabricarse como sujeto.

Las pruebas poseen cuatro grandes características analíticas. En primer lugar, la noción es inseparable de una dimensión narrativa. La prueba supone en efecto un mecanismo de percepción desde el cual los actores leen sus vidas como estando sometidas a un conjunto de desafíos. Según esta narrativa, los actores se enfrentan menos a ‘un’ momento decisivo (como fue el caso en las antiguas visiones épicas), pero deben hacer frente a un sinnúmero de experiencias en las que son justamente puestos a prueba. Describir las pruebas supone recurrir a una estructura narrativa particular desde la cual se comprende la propia vida como una sucesión permanente de puestas a prueba. Esta narrativa, propia a la modernidad (Berman 1991), hace que la vida se viva como una aventura permanente.

En segundo lugar, las pruebas suponen una concepción del actor, quien se encuentra obligado, por razones estructurales, a enfrentar estos desafíos. Esta concepción es lo suficientemente abierta como para permitir operalizaciones desde diferentes conceptualizaciones del individuo, aun cuando en todas ellas debe acordársele una atención particular a lo que el individuo resiente. Ello, no en el sentido de dar acceso a su subjetividad, sino porque interesarse por esta escala permite dar cuenta, desde una perspectiva distinta, de los fenómenos colectivos. En todo caso, la vida social está cada vez más marcada por una serie de desafíos estructurales (escolares, laborales, relacionales...) que producen experiencias tanto más difíciles que tienden a ser vividas como siendo irreductiblemente personales en sus resultados.

En tercer lugar, las pruebas se vinculan a la generalización de los procesos de evaluación. Las pruebas implican la existencia de un sistema de selección de personas que, sin invalidar el peso de las posiciones sociales y los diferenciales de oportunidades que les son asociados, subraya la contingencia de los resultados. En relación a todas y cada una de las pruebas, los actores pueden, midiéndose con ellas, aprobar o desaprobado, tener éxito o fracasar. Lo importante, en la aplicación analítica de la noción de pruebas no es, sin embargo, cuantificar en abstracto los recursos (o diferentes capitales) disponibles por el actor, sino estudiar in situ y en acto, en función del tipo de pruebas enfrentadas y de los diferenciales de respuestas de unos y otros, las modalidades específicas de movilización de estos recursos. La noción de prueba restituye en este sentido al proceso de selección de personas su contingencia, pero evita explicar el diferencial de resultados en función de las capacidades intrínsecas de los actores (como lo hacen, por ejemplo, los trabajos sobre la resiliencia).

En cuarto y último lugar, las pruebas no designan cualquier tipo de desafío o problema vivencial, sino que circunscriben un conjunto de grandes retos estructurales, particularmente significativos, en el marco de una sociedad. Para describir el modo de individuación propio de una sociedad es pues necesario identificar un número reducido y significativo de pruebas. En efecto, aunque sea posible identificar una gran diversidad de mecanismos sociales, el estudio debe restringirse al examen de un número limitado de pruebas, consideradas particularmente significativas para una realidad histórica y social concreta. A veces, y en función de las sociedades, habrá que privilegiar pruebas de índole institucional (escuela, trabajo, familia); otras veces deberá dársele más peso a pruebas relativas al lazo social (relación a los colectivos, a las normas, a los otros); pero, en todos los casos, las pruebas tienen una forma específica y distintiva para cada sociedad. Dicho muy concretamente, describir el conjunto común de pruebas de individuación equivale a describir una sociedad histórica en su unidad. Un modo de individuación no existe sino en la medida en que está vivo el sistema de pruebas que lo forja.

2. *La difusión de las pruebas*

Si el objetivo de la teoría de la individuación por las pruebas es dar cuenta de los procesos macrosociales a escala de los individuos, aún queda por ver cómo, desde esta perspectiva, es posible dar cuenta, concretamente, del trabajo de singularización. El desafío consiste en delimitar los criterios que permiten establecer una relación entre la historia y la biografía de otra manera que a través de una articulación inmediata y directa entre la estructura social y la estructura de la personalidad. Una actitud que invita a complejizar los procesos de difusión.

Estudiar en detalle el proceso de difracción obliga a reconocer que no todos los actores están igualmente expuestos a las pruebas. Afirmación evidente a los ojos de cualquier sociólogo, esta verdad primera tendió, empero, en la práctica, a ser limitada a un conjunto estanco de grandes posiciones, por lo general descritas en términos de clases sociales. La situación actual y la renovación de nuestras miradas sociológicas invitan a una mayor precisión. No todos los actores sociales están, por ejemplo, igualmente expuestos a los riesgos de la globalización, lo que implica un amplio juego de declinaciones posibles, ya sea en función de la sociedad en la que se vive (del sur o del norte), de género (los diferenciales entre hombres o mujeres), de la posición social (en los sectores populares o en las capas medias y altas), etc.

Si bien las pruebas son comunes a todos los actores de una sociedad, estas se difractan y se singularizan en función de los diferentes contextos de vida. Este equilibrio es la razón principal por la cual frente a la globalización, por ejemplo, no son admisibles ni la tesis de los escépticos ni la tesis de los hipermundialistas (Held et al. 1999). Sí, existen tendencias hacia una economía global, pero estas son indisociables de la mantención de una serie de elementos propiamente nacionales e incluso regionales. Todo no es global (y, sin duda, no lo será en un futuro próximo), nada es ya solamente local. Pero lo fundamental es que todos los ámbitos de la vida social no tienen una dinámica semejante; según los sectores de actividad o los grupos estudiados, hay que observar, empíricamente, los 'grados' de lo global o local. El gran problema es entonces mostrar la imbricación in situ de los procesos globales y su articulación local (Giddens 1994, Beck 2000).

En adelante, salvo verdaderamente para algunas posiciones extremas, en las cuales la programación de las etapas de la vida es siempre de rigor, la mayor parte de las trayectorias tienden a singularizarse. No es más posible en efecto estudiar directamente la historia a nivel de la biografía: transformar, sin mediaciones, las tensiones sociales e históricas de una época en pruebas morales y psicológicas. Si las semejanzas posicionales están siempre presentes, el proceso de individuación es irreductible a esta única consideración. Guardando la disimilitud de posiciones presente en el espíritu, debe reconocerse que existe, detrás de la aparente similitud estructural de las posiciones, una gran diversidad de situaciones y contextos reales que, durante mucho tiempo, una visión muy piramidal del orden social ha impedido observar. Por supuesto, siempre es necesario considerar la

existencia de grandes factores estructurales que ordenan lo esencial de la distribución de oportunidades y recursos. Pero ellos no explican, sino de manera a lo más indicativa, los estados reales ni las múltiples variaciones a través de las cuales se desarrollan efectivamente las vidas personales. El proceso de individuación contemporáneo se efectúa en una multitud de contextos que no se pueden inferir a partir de una simple lógica 'descendente' desde la sociedad y la historia.

La toma en consideración de las múltiples maneras en que se difractan las coerciones en la sociedad, implica una reorientación de fondo en nuestra comprensión de la realidad social. Es imposible, en todo caso, dar cuenta de la singularización actual observable en el proceso de individuación si no se toma nota de las consecuencias, decisivas y en cascada, que implica esta transformación. Deducir directamente consecuencias micro-sociológicas de una visión macrosociológica aparece más que nunca como un error. La lógica descendente no permite comprender ni la forma como un actor individual experimenta un cambio macrosociológico ni cómo, sobre todo, enfrenta una prueba. En este punto, y tras la crisis de la idea de sociedad, es indispensable insistir en el hecho de que ya no existe un vínculo estrecho y unidireccional entre los diferentes niveles sociales (Latour 2006; Urry 2003; Martuccelli 2005, 2009). Si algunas situaciones se articulan más o menos directamente con acontecimientos globales lejanos, otras, a pesar de su gran interdependencia global, mantienen márgenes de maniobra, no despreciables. Pero, ¿cómo delimitar concretamente la individuación en este proceso? Proponiendo, por un lado, una conceptualización más contingente del posicionamiento de los actores y, por el otro, integrando una lógica temporal (Martuccelli 2006).

En lo que concierne el posicionamiento de los actores, es preciso razonar a través de dos peldaños. Por un lado, distinguir entre grandes *posiciones estructurales* que se consolidan en la intersección entre las relaciones de mercado y las políticas públicas —una lectura que, con importantes variantes y denominaciones, tiende a imponerse actualmente a la hora de describir la estructura de plazas en la sociedad actual. Sin embargo, el movilizar *exclusivamente* la idea de una pirámide posicional conduce a un conjunto de atolladeros. La multiplicación de posiciones intermedias hace cada vez más difícil saber quién está verdaderamente 'arriba' o 'abajo'. Los posicionamientos híbridos se incrementan y los actores pueden conocer de manera simultánea y contradictoria, movilidades 'ascendentes' o 'descendentes' en diversos ámbitos sociales. En muchas situaciones, por ejemplo, ya no hay una frontera clara entre los asalariados colocados definitivamente del lado 'bueno' o 'malo', porque las fronteras entre el núcleo y la periferia del empleo (incluso en el seno de una misma empresa) son casi siempre movedizas y fluidas, y las condiciones de paso del uno a la otra (de la protección a la vulnerabilidad) están en permanente redefinición (Durand 2004). No obstante, el problema no es 'complejizar' la jerarquía posicional. El análisis debe distinguir *siempre* un número limitado de posiciones estructurales, a partir de algunos ejes, que establecen una distribución desigual de los principales recursos. Pero este reconocimiento no debe olvidar

la iniciativa que queda en manos de los actores. Junto con reconocer su importancia, hay pues que mirar este nivel sólo como un instrumento provisorio de trabajo, al que es necesario agregar otro nivel.

A falta de una mejor denominación, se puede designar este segundo peldaño como los *estados sociales*. Ellos no se pueden superponer a un análisis piramidal de la estructura social porque se deslizan, de manera transversal, entre las diversas posiciones estructurales. Para delimitarlos, no basta con complejizar los sistemas de relaciones sociales o sumar los atributos de los actores (clase, edad, sexo, etnia). Más bien es necesario aprender a construirlos a partir de análisis empíricos tratando de comprender, lo más cerca posible de las experiencias individuales reales, las maneras como los actores logran o no forjarse espacios sociales protegidos.

Todo depende entonces de lo que se busca. Siempre es posible colocar en un extremo a todos los que disfrutan de buenas conexiones (en términos de empleo, ganancias, protecciones institucionales) y que mantienen, antes que nada, un control activo de su situación, tanto desde un punto de vista económico como político. En el otro extremo, todos los que se definen por tener conexiones ‘malas’ (ingresos escasos), ‘raras’ (pobre densidad relacional), ‘perversas’ (ligadas a actividades informales o ilegales) y, sobre todo, sin el ejercicio de un control activo sobre ellas (porque son ampliamente dependientes de decisiones sobre las cuales estos actores tienen débil incidencia). A un alto nivel de generalidad, sería posible encontrar, en apariencia sin gran dificultad, un lazo jerárquico poco problematizado entre las diferentes posiciones.

Sin embargo, un análisis más detallado corrige de inmediato esta primera lectura. Excepto para una minoría durable y globalmente protegida, la mayor parte de los individuos –en la mayor parte de las sociedades– siente que su posición ya no es impermeable al cambio ni al deterioro social. Las prácticas más diversas aparecen en todos los ámbitos de la vida social. Si limitamos el análisis a este solo registro, el resultado, por ejemplo, es una dinámica particular entre las conexiones económicas globales y la transformación de los principios y mecanismos de protección social nacional. De hecho, en este marco, más que los cambios cuantitativos, es la creciente capacidad de los actores para afrontar y anticipar los riesgos sociales lo que es relevante. Tanto más que frente a la talla de los desafíos de la globalización, lo importante no es muchas veces intervenir directamente sobre los acontecimientos, sino aprender a protegerse de las conmociones del mundo. Más que a un juego de suma cero, nos vemos confrontados a efectos en cascada, de parte de actores sociales que se protegen y exponen en forma diferente. Las diferencias entre actores provienen de competencias cognitivas distintas (entre los que son susceptibles o no de anticipar los riesgos), de la diversidad de recursos prácticos de que disponen, del control por lo menos indirecto que tienen sobre esos procesos al fabricarse refugios (nichos, diques o escudos), pero también de la calidad de sus soportes.

3. Hacia el trabajo singularizado de los individuos

Los estados sociales, transversales a las posiciones estructurales, no modifican la ubicación social 'objetiva' de un individuo, sino que señalan las maneras y los contextos en que los actores efectúan realmente su proceso de individuación. El objetivo de un estudio de este tipo es llegar a describir de manera concreta y singular el efecto de las estructuras sobre las acciones individuales a través de una pluralidad de formas de difracción. A veces, evidentemente, nada impide la superposición entre una posición estructural y un estado social. Pero, en muchos otros casos, los estados sociales deben ser definidos de manera transversal a la mayor parte de las posiciones estructurales.

A esta lógica posicional aún es preciso añadirle, como lo hemos anticipado, una lógica temporal. Las pruebas se declinan también temporalmente a lo largo de una vida, lo que implica que a medida que los individuos avanzan en edad, se encuentran obligados a enfrentar nuevas pruebas —o antiguas pruebas— desde los resultados obtenidos hasta ese momento. Por lo demás, la sucesión de estas pruebas es más o menos estandarizada en las sociedades actuales (sobre todo en lo que concierne al vínculo entre escuela-trabajo-familia-inactividad). Pero a nivel individual, este proceso pasa por trayectorias que tienden cada vez más a singularizarse: etapas en las que se combinan los errores y los éxitos, el destino y la fortuna, las oportunidades y las dominaciones, los accidentes y los condicionamientos. En este sentido, y una vez más, no hay tránsito directo entre los niveles. Por un lado, es necesario reconocer y respetar lo que aparece como contingente a nivel de una vida personal (el resultado de las pruebas para cada actor en la singularidad irreductible de su experiencia personal), y por el otro lado, tener en cuenta el perfil socio-temporal estructural de la sucesión de pruebas a nivel de la sociedad.

Así movilizada, la noción de prueba permite singularizar el análisis sociológico sin romper con una visión estructural. El objetivo es dar cuenta de los diferenciales de resultados observables a nivel de las pruebas desde un análisis macrosociológico (sin recurrir a consideraciones intrapsíquicas o disposicionales). O sea, se trata por un lado de reconocer la importancia de las variaciones interpersonales (incluidas por supuesto en el seno de una misma posición social), y por el otro, de esforzarse en aprehender estas variaciones desde la pluralidad de consistencias específicas a los distintos emplazamientos sociales (en términos tanto espaciales como temporales).

Por supuesto, en último análisis, una interpretación de este tipo otorga una función importante al trabajo del individuo. Pero solamente en último análisis. En la búsqueda de las razones que singularizan a los actores frente a pruebas estructurales comunes, lo importante es mostrar cómo y bajo qué procesos, individuos que disponen de los mismos recursos, y cuyas posiciones sociales son en apariencia similares, pueden conocer dificultades muy diferentes a la hora de enfrentarlas. Ello, ya sea por sus características personales, como Amartya Sen (1992) lo ha mostrado fehacientemente a propósito de

las personas discapacitadas, o bien porque están inmersos en situaciones sociales que son en verdad diversas (lo que supone describir finamente ecologías sociales personalizadas gracias a estudios pormenorizados).

* * *

La individuación, el estudio del tipo de individuo que es fabricado estructuralmente en una sociedad, aparece como una vía posible para refundar una macrosociología tras la crisis de la idea de sociedad y en medio del actual proceso estructural de singularización. Describir el conjunto común de pruebas lleva a describir la arquitectura estructural de una sociedad desde y a escala de los individuos. Si las pruebas son comunes a todos los miembros de una sociedad, los actores las enfrentan a partir de ecologías sociales personalizadas.

En el seno de la sociedad industrial, los individuos fueron societalmente producidos de manera fuertemente homogénea. Era frecuente que las vidas se desarrollaran en universos homólogos. Tras nacer en un pueblo, los actores frecuentaban la escuela del villorrio, se casaban con un vecino, trabajaban en la principal fábrica del sector, poseían una sociabilidad restringida y consumían productos altamente estandarizados. Hoy en día, sin que este tipo de experiencias haya desaparecido del todo, es imperioso reconocer la singularización creciente de las situaciones. Es cada vez menos probable encontrarnos con 'clones' sociológicos, o sea, con individuos que han tenido las mismas experiencias, en los mismos lugares, en los mismos momentos; en breve, con individuos que poseen trayectorias gemelas a las nuestras. La diferenciación de experiencias es la regla y tras ella se afirma la expansión de la singularidad. Ningún diferencial de genio sociológico existe entre nuestros antepasados y nosotros: hoy como ayer, los individuos están bajo la impronta de condiciones sociales e históricas, pero allí donde ayer el proceso de individuación acentuaba la estandarización, hoy consolida la singularización.

Recibido agosto 2010
Aceptado octubre 2010

Referencias bibliográficas

- Barrère, Anne, Danilo Martuccelli, 2009. *Le roman comme laboratoire*. Villeneuve d'Ascq: Presses Universitaires du Septentrion.
- Bauman, Zygmunt, 2001. *The Individualized Society*. Oxford: Polity Press.
- , 2002. *Society under Siege*, Cambridge: Polity Press.
- , 2005. *Liquid Life*. Oxford: Blackwell.

- Beck, Ulrich, 1998 [1986]. *La sociedad del riesgo*. Barcelona: Paidós.
- , 2000 [1997]. *What is Globalization?* Oxford: Blackwell.
- Beck, Ulrich, Elisabeth Beck-Gernsheim, 2001. *Individualization*. London: Sage.
- Beck, Ulrich, et al., 1994. *Reflexive Modernization*. London: Polity Press.
- Berger, Peter, Thomas Luckmann, 1968 [1966]. *La construcción social de la realidad*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Berman, Marshall, 1991 [1982]. *Todo lo sólido se desvanece en el aire*. Madrid: Siglo XXI.
- Bourdieu, Pierre, 1979. *La distinction*. Paris: Minuit.
- , dir., 1993. *La misère du monde*. Paris: Seuil.
- , 1997. *Méditations pascaliennes*. Paris: Seuil.
- Coriat, Benjamin, 1991. *Penser à l'envers*. Paris: Christian Bourgois.
- Dubet, François, 1994. *Sociologie de l'expérience*. Paris: Seuil.
- , 2009. *Le travail des sociétés*. Paris: Seuil.
- Dubet, François, Danilo Martuccelli, 2000 [1998]. *En la escuela*. Buenos Aires: Losada.
- Durand, Jean-Pierre, 2004. *La chaîne invisible*. Paris: Seuil.
- Elias, Norbert, 1991 [1970]. *Qu'est-ce que la sociologie?* La Tour d'Aigues: Editions de l'Aube.
- Gaulejac, Vincent de, 1987. *Névrose de classe*. Paris: Hommes & Groupe éditeurs.
- Giddens, Anthony, 1991. *Modernity and Self-Identity*. Cambridge: Polity Press.
- , 1994 [1990]. *Les conséquences de la modernité*. Paris: L'Harmattan.
- Held David, et al., 1999. *Global Transformations*. Cambridge: Polity Press.
- Karpic, Lucien, 2007. *L'économie des singularités*. Paris: Gallimard.
- Kaufmann, Jean-Claude, 2001. *Ego*. Paris: Nathan.
- Lahire, Bernard, 1998. *L'homme pluriel*. Paris: Nathan.
- Latour, Bruno, 2006. *Changer de société. Refaire de la sociologie*. Paris: La Découverte.
- Luhmann, Niklas, 1995 [1989]. "Individuo, individualidad, individualismo." *Zona abierta*, N° 70-71, 53-157.
- , 2007 [1997]. *La sociedad de la sociedad*. México D.F.: Herder.
- Martuccelli, Danilo, 1999. *Sociologies de la modernité*. Paris: Gallimard.
- , 2005. *La consistance du social*. Rennes: P.U.R.
- , 2006. *Forgé par l'épreuve*. Paris: Armand Colin.
- , 2007 [2002]. *Gramáticas del individuo*. Madrid: Losada.
- , 2009, "La teoría social y la renovación de las preguntas sociológicas." *Papeles del CEIC*, 2 (revista en línea).
- , 2010. *La société singulariste*. Paris: Armand Colin.
- Mills, Charles Wright, 1997 [1959]. *L'imagination sociologique*. Paris: La Découverte.
- Nassehi, Armin, 2002. "Exclusion Individuality or Individualization by Inclusion." *Soziale Systeme*, Vol. 8, N° 1, 124-135.
- Outhwaite, William, 2006. *The Future of Society*. Oxford: Blackwell.
- Parsons, Talcott, 1951. *The Social System*. Glencoe, Illinois: The Free Press.
- , 1964. *Social Structure and Personality*. New York: The Free Press.

- Rosanvallon, Pierre, 2008. *La légitimité démocratique*. Paris: Seuil.
- Sen, Amartya, 1992. *Inequality Reexamined*. Oxford: Oxford University Press.
- Simmel, Georg, 1986 [1908]. *Sociología*. 2 vols. Madrid: Alianza.
- Singly, François de, 2003. *Les uns avec les autres*. Paris: Armand Colin.
- Touraine, Alain, 1981. "Une sociologie sans société." *Revue française de sociologie*, XXII, 3-13.
- , 2005. *Un nouveau paradigme*. Paris: Fayard.
- Urry, John, 2000. *Sociology beyond Societies*. London: Routledge.
- , 2003. *Global Complexity*. Cambridge: Polity Press.
- Veltz, Pierre, 2000. *Le nouveau monde industriel*. Paris: Le Débat/Gallimard.
- Womack, James, et al., 1992 [1990]. *La máquina que cambió el mundo*. Madrid: McGraw-Hill.
- Zizek, Slavoj, 2001 [1999]. *El espinoso sujeto*. Buenos Aires: Paidós.